

## LA BECA DE ESTUDIOS

Andrés no estaba en la estación. De sobra sabía Elisa que él no iría, pero, en el fondo, esperaba que en el último momento hubiera cambiado de opinión. Lo habían hablado. A Andrés no le gustaban las despedidas y ya se habían despedido ellos solos la víspera, tras la cena que habían tenido con los amigos, y se había mostrado muy desagradable, casi violento, en su forma de asegurarle que no podría ir a la estación, que tenía una visita de clientes importantes y que, por supuesto, ella no parecía entender que la vida de ambos dependía de su trabajo.

—¿Nuestra vida, Andrés? Supongo que te refieres a *tu* vida. La mía depende únicamente de mí. Por eso me marchó.

Frenético. Eran ojos de frenético los que la miraban y una boca prieta, enmudecida, la que le negaba palabras y besos, y unas manos que retiraban caricias y dejaban desafecto pegado a su piel. ¿Por qué no aprendía Elisa a medir sus palabras? Callarse hubiera sido más adecuado, pero a menudo lo adecuado no era lo sencillo. Esa vez no lo fue. No quería provocarle, sólo que le dejara decidir por sí misma. Si con esa contestación Andrés sentía que le dejaba fuera de su vida, de sus proyectos, no lo iba a decir. A cambio se acorazaba y respondía rechazándola.

La noche de despedida Elisa buscaba otra respuesta en él, otra actitud que la irritación. Intuía que estaba tenso porque no quería que se fuera tanto tiempo a Amberes, pero era precisamente porque ella se iba por mucho tiempo por lo que Elisa necesitaba separarse con cariño.

Presentía que para ella esos meses volarían en *concorde*; a tanta velocidad parecería que el vídeo de su vida transcurriría en avance rápido, mientras que para él, a cámara lenta, los días se ralentizarían en una espera improductiva volando bajo, planeando a lomos de una gaviota tomando tierra suavemente. Sería un mismo tiempo vivido a distinto ritmo, con distintas expectativas, por cada uno de

ellos. Pero prefirió silenciar sus pensamientos y únicamente dijo:

—Son seis meses que se pasarán volando. Y vamos a estar en contacto diario. Sabes que es muy importante para mi carrera.

Había mencionado su carrera, dejando de lado lo importante que era también para su propia vida. Soria era una ciudad muy pequeña, muy provinciana, y, como apenas había viajado, Elisa soñaba mundo. Andrés era muy absorbente y, últimamente, desde que Elisa le dijera que le habían dado la beca de estudios para irse un semestre a una universidad extranjera, él se había mostrado frío y distante, demostrando que no le importaban sus necesidades, y ese viaje era necesario. Andrés evitaba toda palabra de reproche, pero su actitud le traicionaba. Ni que ella se fuera de vacaciones dejándolo atrás. Se comportaba exactamente igual que cuando Elisa se apuntaba a cursos en otras ciudades, reprimiendo sus celos por el modo en que ella, no sólo participaba en ellos, sino en que los vivía. Se iba con la misma avidez con que asistía a una gran fiesta y volvía tan radiante como de unas vacaciones en el mar, cubierta de sal y sol, eufórica por lo mucho que había aprendido, por la gente que había conocido, gente brillante, decía ella. Eso parecía enojarle, pues qué entendía exactamente con ese adjetivo, “brillante”, aparte del hecho de que hablasen dos o tres idiomas y supieran traducir, algo que también hacen los ordenadores, aclaraba Andrés. Pero su actitud despectiva era tan sólo un disfraz que encubría su propia insatisfacción con los numerosos viajes que debía realizar contra su voluntad. Su trabajo le mantenía fuera de casa con frecuencia y siempre volvía agotado de tanta reunión, de tanta gente mediocre que se cruzaba en su camino. Elisa comprendía su estado de ánimo cada vez que él se marchaba por unos días. Comprenderlo no significaba que viera justificado ni el mal humor hacia ella, en absoluto responsable de esos viajes sin alicientes, ni el que esa noche de despedida no se alegrara por ella. Elisa había elegido estudiar idiomas porque a ella sí le gustaba viajar y sus proyectos de viajes eran ambiciosos. Sólo esperaba la oportunidad de poder salir fuera de España y por fin le había llegado en forma de beca. Había estudiado

mucho los dos cursos en la Escuela de Traducción y eso le había abierto la puerta de la nueva vida que ambicionaba. La beca era una recompensa a su esfuerzo y él ni siquiera la había felicitado. Su familia, en cambio, se deshizo en elogios el día en que ella anunció que lo había conseguido. Que se lo merecía, que se lo merecía, repetían todos como si se hubieran puesto de acuerdo.

–Además, me lo merezco, ¿no crees? –le preguntó a Andrés sabiendo que no tendría la respuesta que quería escuchar.

Por supuesto que lo creía, pero le costaba decirlo. Sonreía con una preciosa sonrisa en señal de asentimiento, pero retenía las palabras. Le resultaba más fácil mencionarle cariñosamente sus defectos. Sus “cariño, tienes que ser más diplomática” o “cielo, la próxima vez procura no...” o “esta faldita que tanto te gusta no te sienta bien” eran algo habitual en él. Sólo tenía siete años más que Elisa, pero se ocupaba de ella como si fuera su padre o su guía cuando lo que quería ver en él era al amigo abierto, generoso, al amante incondicional.

–Nada bueno que decirme antes de irme, ¿eh, cariño?

Elisa extendía esas palabras como una bandeja sobre la que Andrés sólo tenía que depositar sus pensamientos, sin esfuerzo, simplemente dejarlos caer; pero se contenía. Iba a estar seis meses sin verla y el desánimo era más fuerte que sus intenciones. La dejaría marchar sin decirle que estaba muy orgulloso de ella.

A Elisa también le hubiera gustado decirle que ese viaje era trascendental porque necesitaba de un tiempo y una distancia que la ayudasen a poner en orden sus sentimientos alterados desde que él entró en su vida, sin que él los redirigiera. Pero se calló, y eran esas cosas que se callaba las que más necesitaba hablar. Y eran los silencios los que, sin que ellos lo notaran, iban agrietando la barca que soportaba su relación. Ya había empezado a hacer agua cuando ella recibió la beca, pero, hasta entonces, ambos se empeñaban en cubrir los desperfectos con caricias y besos, como si fuera eso lo único importante para mantenerla a flote. Cuando su noviazgo se resentía empujado por numerosas tensiones provocadas por Andrés (como quería crear Elisa,

aunque no descartaba que fuera por culpa de ambos), en el momento en la presión cedía, su relación volvía a su estado normal. Pero, últimamente, desde que Elisa le dijo que se iba una temporada, el mutismo de Andrés ante su marcha anulaba en ella su capacidad de sobrepasarlo. Llegó el día en que eran más los silencios que las palabras. De los preparativos él no participó en absoluto. No le pidió opinión para no recordarle que se iba, y los silencios, ya habituales, se abrían cada día como ramos de flores de temporada, aunque los disimulaban con conversaciones inútiles, irrelevantes, con risas y ruidos ajenos en bares de vinos y copas. Ella, en casa, en su cama, los encubría, además, con lágrimas de desilusión.

Definitivamente, la víspera de su partida, Elisa constató que su relación carecía de soporte cuando le pidió que fuera a la estación y él se negó. No es que ella lo necesitara; es que quería, y quería sobre todo que él le demostrara que se alegraba por ella, aunque la separación fuera dolorosa. Elisa supo ya entonces que nada volvería a ser igual.

—Además, Elisa, en la estación estarán tus padres, tu hermano, tus amigos. Estará Lola y toda su gente.

Claro, estaba también eso. A Andrés no le gustaban los amigos de Elisa. Aun reconociendo la escasa afinidad que existía entre sus amigos y ellos dos, nada justificaba el rechazo que mostraba hacia ellos, porque, en el fondo, ni siquiera Andrés y ella eran afines, y, sin embargo, estaban juntos. Decía Andrés que parecían amigos impuestos, no escogidos. Para él lo eran, sin duda, pero no para Elisa. Eran sus amigos de toda la vida; con ellos se había divertido, había reído, bailado, paseado, hecho excursiones. Qué importaba si no leían o sólo escuchaban música de discoteca; eran sus amigos y ahora los estaba perdiendo poco a poco, uno a uno, simplemente porque a él no le agradaban. Tampoco le gustaba su familia. A Andrés no le gustaba casi nadie, pensaba Elisa. De acuerdo entonces, que no fuera a la estación.

—No te preocupes, lo entiendo. Y tienes razón. Entre tanto aglomerado de gente que habrá ido a despedirnos a las dos, tú pasarás desapercibido, y el esfuerzo es tan grande para ti...

¿Se habría dado cuenta de lo que le estaba diciendo? Que él sería casi invisible. Invisible con tanta altura, con tanto cuerpo, sería imposible. Pasar desapercibido su novio entre tanto familiar familiarizado con él sonaba sospechoso. Pero él parecía alegrarse porque ella aparentaba haberlo entendido. Era evidente que Andrés había captado su ironía enmascarada en voz tierna y la seguía el juego con la misma ternura fingida. Pero ya qué importaba, se iría al día siguiente y el tiempo y la distancia pondrían las cosas en su sitio.

Como suele suceder a finales de septiembre, refrescaba, pero lucía un sol espléndido a esas horas tan de mañana. Elisa y sus familiares llegaron con tiempo a la estación para coger el autobús que les llevaría a ella y a Lola, su compañera de estudios y de beca, hasta el aeropuerto. Miraba de reojo las entradas para verlo cuando él entrara, porque iría. Se aferraba a esa idea manteniendo un último resquicio de esperanza. No fue él, sin embargo, el que apareció, sino Lola más Lola que nunca (dijo Elisa a su familia) por su forma de bajarse del taxi apresurada y con ella su inmenso bolso de mano y otro de viaje, ambos tremendamente pesados, intuía por la forma en que parecían encorvarla. El taxista extraía del maletero, cual mago del sombrero de copa, su colección de maletas repletas, una gabardina y un inmenso paraguas.

Elisa sonreía porque se esperaba algo así, pero Lola sabía superarse. Se apresuraron a ayudarla y Elisa le sujetó el bolso de mano cargado de libros.

—¡Lola! Que donde vamos hay tiendas, hay librerías... —dijo una Elisa desconcertada ante ese empeño de su amiga por llevar siempre peso innecesario encima. Ella sería feliz si pudiera viajar sin equipaje que estorbe sus pasos, que la mantenga pendiente de él cuando quería mirar lo demás: los kioscos, los escaparates de la estación y del aeropuerto, la gente. Vigilar maletas la encrespaba.

—He escuchado la radio antes de salir y en Bélgica está lloviendo y hace frío —respondió Lola haciéndose pasar por precavida, explicando satisfecha por qué el paraguas y la gabardina estaban fuera. Pero no era eso, precisamente, lo que necesitaba justificar, sino su incapacidad para planificar, resumir, limitar. En cualquier caso, nada justificaba las

acciones de Lola salvo su propio carácter que tanto divertía a Elisa.

—Os lo dije, más Lola que nunca —sentenció Elisa con una actitud que no dejaba dudas.

Se iban por seis meses y debían llevar ropa de entretiempo y de invierno para hacer frente al frío (mucho frío), la lluvia, el viento y la nieve, porque era así como habían descrito sus compañeros de cursos anteriores el tiempo en Bélgica. Parecía haber días en que todas las fuerzas climáticas, salvo el sol, se unían como enfurecidas contra un país y unos habitantes que nada habían hecho para merecer ese castigo.

Iban felices de estar juntas porque, de este modo, la llegada sería para ambas más amable. Siendo seis años mayor que Elisa, admiraba en Lola su madurez adquirida por su costumbre de vivir independiente desde hacía tiempo, porque había pasado su infancia y adolescencia empaquetando sus juguetes y sus libros para trasladarse a cada una de las ciudades en las que había vivido con su familia, y porque, en opinión de Elisa, tenía un pasaporte, ya caducado, lleno de sellos de los países en los que había estado. Todo ello, qué duda cabe, contrastaba con la dependencia familiar de Elisa y contrarrestaría los efectos de su inexperiencia como viajera autónoma. Su madre respiró tranquila el día que supo que iría con Lola porque veía el lado humano de ese viaje; de este modo, dijo, su Elisa no se sentiría tan sola, ni perdida, en un país al extranjero. En cuanto a Andrés, que en todo veía peligros (en el tren, en el avión, en la carretera, en las personas), creía que de esta manera estaría más protegida (¿custodiada, quizá? pensó Elisa) y tendría menos posibilidades de que algo malo le sucediera. No estaría Andrés tan satisfecho con lo que él llamaba “la experiencia de Lola” si supiera que esa experiencia contribuía a atraerla más hacia el mundo de Lola y a alejarla del de Andrés. “El mundo de Lola”, prefería llamarlo Elisa, y cuando Elisa le hablaba de él, Andrés ni siquiera percibía los matices de vuelo de la imaginación que se le debían de estar escapando en el propio aliento de las palabras. *Esta chiquilla*, pareció pensar Andrés cuando le describió el último viaje de su compañera:

–Fíjate, Andrés, nada menos que a Estambul. ¿Te imaginas lo bonito que ha debido de ser? –Y le describía su recorrido por el Bósforo, por Santa Sofía, por el zoco, y a Andrés sólo se le ocurría truncar su ilusión con uno de sus típicos desplantes.

–Vale, bonita, que ya sé lo que uno puede ver en Estambul. No tengo más que navegar por Internet.

Internet. Desde luego, con Internet en casa uno no tiene que moverse de su sillón para ver mundo, pero, ¿qué pasaba con la vida, el movimiento, el ajetreo, los aromas de las especias de Estambul? Internet, que Elisa supiera, aún no reproducía los aromas de una ciudad, del mar, de los bosques en primavera oliendo a tomillo.

–Tienes razón. Mira que a mí no se me había ocurrido que se puede viajar por Internet.

A su modo, creía estar castigándolo abriendo distancia entre ambos con sutileza. *La inocente de mi Elisa*, debía de estar pensando él con una ternura paternal que detestaba. Ella ya tenía padre, y más cariñoso que Andrés. No era un nuevo padre lo que buscaba.

Si la hubiera ayudado con el equipaje, Andrés hubiera llenado una maleta de consejos inútiles, infantiles. Elisa odiaba los miedos de Andrés que no le dejaban libertad para casi nada. A veces la trataba como si fuera una niña a la que hay que recordar que mire a ambos lados antes de cruzar una carretera. Se lo decía, no obstante; que tuviera cuidado antes de cruzar una carretera, que no soltase sus bolsos ni perdiera de vista las maletas, que no anduviera sola por calles poco iluminadas, o calles en las que sólo hay un hombre, o calles en las que haya grupos de jóvenes con botellas en la mano y alcohol en el estómago, que tuviera siempre el teléfono móvil a mano, y por supuesto a mano, que ya sabía lo despistada que era.

–Tú fíjate en Lola.

¿Era Elisa despistada? Si ella lo era, ¡entonces Lola! Y se reía para sus adentros. Lola extraviaba sus llaves, descuidaba su bolso en los bares, no veía más peligros que los justos, se olvidaba de encender o cargar el móvil. Y no sucedía nada. La vida continuaba a su alrededor, independientemente de su móvil descargado o de sus llaves

perdidas. Que Andrés dijera esas cosas era tan irónico, tan divertido, que Elisa no se molestaba en aclararle el malentendido. Es más, Elisa nunca se hubiera definido como despistada. De hecho, creía todo lo contrario, que era observadora, precavida, metódica en esa forma suya de procurar tenerlo todo a punto, todo atado, sin flecos sueltos. Y de acuerdo que quizá pecase de ingenuidad. Pero no tanto como decía Andrés. Cuando Andrés le daba sus consejos inútiles, cuando la calificaba, parecía referirse a alguien que no era ella misma. A veces, de hecho, se lo preguntaba:

—¿Hablas de mí? Parece como si estuvieras pensando en otra persona.

Sin duda Elisa opinaba que estaba pensando en otra persona, en él mismo, aunque no se diera cuenta, y, si unas veces se lo decía, otras se lo callaba, porque le molestaba y se enfadaba con ella con la misma acritud que cuando cometía un acto de indiscreción o decía una barbaridad (según el concepto de Andrés).

—Si no quieres que te ayude me callo, pero luego no vengas quejándote y pidiéndome ayuda cuando ya es tarde —muy enfadado. Se le notaba no sólo en el tono, sino también en que era un reproche sin fundamento, sin sentido.

—Pero, cariño, si yo no me quejo, si apenas te pido ayuda para nada.

Elisa había tratado de endulzar la situación, y sin embargo sus palabras le dañaron más. Es como si la realidad que vivían ambos fuera diferente, como si él no fuera él sino otro y ella no fuera ella.

—Eres una cabeza loca, Elisa, aunque no te des cuenta. Crees que todo es fácil, y algún día verás que tengo razón y puede que sea tarde para ayudarte.

—Me asustas.

Asustarla no era darle ninguna ayuda, y menos aún cuando lo que Elisa quería era conservar esa seguridad en sí misma que se había ganado esforzándose por encubrir la insoportable timidez que había padecido en su adolescencia. Quizá la seguridad en sí era una máscara que se ponía como la sombra de ojos o el lápiz de labios, pero se veía, se intuía. Ya fuera real o enmascarada, natural o pintada con sombra y

carmín, su autoestima estaba ahí y no tenía sentido que Andrés quisiera retirársela y desmoronarla.

—Sólo quiero protegerte.

—Pues me asustas; y no creo que meterme miedo sea una buena forma de protegerme.

La discusión que seguía, la actitud defensiva de él, cargada de prepotencia, el sentimiento de derrota en ella, nada, nada en ese momento tenía sentido. Era como abrir frentes de batalla allí donde no había guerra declarada, pequeñas escaramuzas que no llevaban a ninguna parte y concluían con un pacto de silencio no firmado.

Todo eso iba quedando atrás, no obstante, en la medida en que el autocar la acercaba al aeropuerto y la alejaba de él. La nostalgia de pensar que estaría varios meses sin verlo se iba mitigando. Seguro que él no iría a Amberes; viajar en avión le inquietaba y el trayecto en tren o en coche sería impracticable, dado que él no podía coger días libres en su trabajo y tampoco querría. Sin duda su próxima cita sería en Navidad. Allí, en el autocar, veía la Navidad tan en la lejanía como al propio Andrés.

Fue Lola quien la sacó de su ensimismamiento. Ya había logrado acomodarse, ya había extraído de entre sus pertenencias varias revistas, ya notaba que todo estaba en ese orden suyo particular que daba a cada momento, así que era hora de desayunar. Abrió su bolso de mano y extrajo una manzana y un paquete de galletas integrales.

—Qué pena que no haya coche-bar como en los trenes. No he desayunado y me muero por un café.

—¿Cómo puedes salir de viaje sin desayunar? ¡Eres increíble! —Increíble, para Elisa, era el anárquico ritmo vital de su amiga, sujeto sólo a horarios inevitables.

—Tenía que elegir entre desayunar o coger el autocar. Así que no tuve opción.

Desde luego que no tenía opción. Tampoco es que Elisa se extrañase. Ya había observado otras veces que Lola no sabía disponer del tiempo para llevar a cabo todos sus planes y actividades en un orden lógico; por lo que, también en lógica consecuencia, situaciones parecidas la ocurrían a menudo. Porque Lola libraba con asumido espíritu de derrota una batalla contra ese enemigo invisible, el tiempo, que sólo

le hacía tangible el reloj social que nunca se adelantaba ni se detenía para adaptarse al ritmo de sus pasos. Para Lola no existía horario marcado por reloj alguno. Sus días se dividían en períodos de clases, comida o café, y así, para citarse, por ejemplo, hablaba siempre de “después de desayunar” o “antes del café” o “por la tarde”, de modo que Elisa nunca sabía si después del desayuno serían las ocho o las diez, porque ¿cuál era *exactamente* la hora del desayuno según Lola? Elisa, por el contrario, era cabalmente puntillosa. Ella medía el tiempo a golpe de horas precisas, y el día tenía muchos momentos, tantos como horas o minutos marca un reloj, el mismo que Lola llevaba de adorno de puro inútil. Sólo temía esa forma de vida impuntual en Lola si tenían que coger un tren o un autocar o un avión que no esperaría por ellas, o asistir a un teatro que empezaría sin ellas. A pesar de todo, no había sucedido algo así hasta la fecha; nunca habían perdido trenes en sus viajes juntas, ni llegado tarde a una representación. Por ello, esa específica disparidad en sus caracteres, que podría hacer tambalear esos seis meses compartiendo vivienda, paseos, salidas, viajes, estudios, comidas, meses compartiendo vida, parecía disiparse ante la confluencia de los valores que compartían.

Compartían un extenso abanico de aficiones de un modo tan parejo que parecía que se hubieran entrenado para ello. A las dos les gustaba ir al cine y coincidían viendo el mismo tipo de películas; las dos se apasionaban por la lectura y leían los mismos libros, escuchaban la misma música e iban a conciertos, al teatro, a la danza. Además, a ambas les gustaba “ver piedras”, como llamaba Lola a los monumentos y las ruinas históricas, y visitar museos y perderse por las calles y pararse a tomar un té o café especialmente en cafeterías con historia, con estilo, sugerentes, en terrazas con vistas, en tardes de invierno. Resultaba extraño, en consecuencia, que sus respectivos caracteres y su estilo de vida o, más bien, sus actitudes hacia ella, fueran tan visceralmente opuestos. Pero era tan difícil conocer a alguien con una misma sensibilidad, con un sentido del humor parecido, alguien con quien poder hablar de tantos temas que, habiéndose conocido, sus diferencias de personalidad no obstaculizaban el normal discurrir de la convivencia.

Lola era aparentemente tranquila, sus modales pausados, su forma de hablar quieta, como si cada palabra tuviera que pronunciarse con precisión, sentando cátedra. Actuaba con esa altivez propia de quien se sabe no sólo en posesión de la razón, sino también absolutamente dueña de sus palabras, segura de que nunca diría nada que no quisiera decir. “Absolutamente. Nunca diría nada que no quisiera”, afirmaría Lola si ella se lo preguntase. Porque Lola era rotunda en su expresión, y más cuando se cruzaba en su camino esa suerte de compañeros incompetentes a los que se refería, sin piedad alguna, como “absolutamente zopencos”. La calma desaparecía, como su supuesta tolerancia, ante la ignorancia, ante las acciones irracionales o incomprensibles de los que la rodeaban. Elisa no podía evitar divertirse con esa forma de hablar de Lola, comprendiendo su enfado contra ciertas formas de comportamiento que sólo ella era capaz de excusar por el simple hecho de que no todos han tenido, como ellas dos, el privilegio de la sensibilidad o de la educación.

—Eso no es cierto del todo, Elisa. Todos los que me hacen enfadar sí han tenido lo que tú llamas el privilegio de la educación. Me enfado porque simplemente lo han desperdiciado.

—Es verdad.

Pero aun siendo verdad, Elisa no entendía ese empeño de su amiga por encubrir sus sentimientos de repulsa. Porque Elisa, de temperamento nervioso, no era capaz de conservar la calma en situaciones similares. Y, en ese aspecto, a menudo chocaban. De hecho, Lola le recordaba un poco a Andrés, con la diferencia de que, mientras él se aislaba, Lola se integraba y se comportaba de un modo infinitamente sociable, y, si alguien le caía mal, sólo Elisa se enteraría. Y siempre se enteraba. En privado, Elisa tenía la capacidad de sacar fuera de Lola la rabia contenida tras unos estudiados modales cordiales que no se correspondían con el rechazo que sentía hacia ciertas personas, como Pablo y Samuel.

—¿Has escuchado a ese par de atolondrados? Creía que me los comía —dijo Lola en una ocasión.

—Pero, Lola, si no has parado de darles ánimos —respondió una Elisa perpleja, perpleja porque mientras ella

se moría de risa con las estupideces que contaban esos dos compañeros atolondrados (eso no se lo discutía), Lola parecía escucharles con atención, y les respondía con frases entonadas sin ambigüedad alguna.

–Eso es estupendo, Pablo. La próxima vez me avisas y voy contigo.

–Desde luego, Lola. Cuenta con ello.

*Este Pablo, además de torpe, ingenuo*, pensaba Elisa, pasmada ante el aplomo y la parsimonia con que Lola atendía como si fuera ingenioso lo que no era sino simple necedad.

–Lola, no puedes hacer eso. No se han enterado de que estabas de guasa con ellos. Hasta yo misma he dudado. ¿Por qué no los ignoras, en lugar de acercarte a ellos?

–*Hija mía*, si tuviera que ignorar a todos los zopencos que se cruzan en mi camino, muchos días me quedaría sola, te lo aseguro –cuando Lola decía *hija mía* daba por hecho que era una causa perdida–. Sin embargo, tú bien que te reías con ellos. Parecía que a ti sí que te hacían gracia sus bobadas.

–Es que sí que me hacían gracia de puro majaderos que son.

–Pues, ¡hala!, sigue riéndote.

–Mejor reírse que enfadarse. ¿No crees?

–No me enfado, Elisa. Ya sé que lo parezco. Pero a veces es difícil conservar la calma con gente así.

–Nadie te manda. No tienes ninguna obligación de ser amable con todo el mundo.

No la tenía. Elisa no creía que Lola tuviera ninguna necesidad de esforzarse por conservar la compostura ante los demás a costa de una consecuyente irritación que esparcía en el ambiente en cuanto estaba a solas con ella hasta liberarse en una carcajada compartida.

–*Hija mía*, qué remedio.

Sin remedio, Lola caminaba con la mayor naturalidad por un mundo que no estaba hecho a su medida.

No sabría decir Elisa si volaba el tiempo o era el autobús el que lo hacía, o era su imaginación antes de asentarse, de asumir que comenzaba el largo y esperado camino soñado desde niña, cuando abandonó ese pueblecito que se le

quedaba pequeño, y pequeña ahora la ciudad que entonces le pareció inmensa, pero, sin darse cuenta, ya estaba entrando en el aeropuerto y la grandeza de pasillos llenos de mostradores vacíos, la multitud de pasajeros alineados con sus equipajes en carros, de gente agolpada en bancos escuchando los altavoces que anunciaban llegadas, de paneles informando sobre los próximos vuelos, le empezaban a parecer los anuncios de entrada hacia ese paraíso para el que se había estado preparando concienzudamente.

Allí estaba Lola dando instrucciones con la misma soltura con la que recitaría su menú diario. Primero debían buscar el mostrador de su vuelo para realizar el *check-in* y facturar el equipaje –¡por fin libres de él!– y después pasar por el control de seguridad previo a la puerta de embarque, la auténtica puerta hacia el otro mundo. Pero antes tendrían un tiempo disponible que Lola proponía aprovechar, nunca gastar, tomando un té en la cafetería del aeropuerto. No había límites en el número de infusiones que Lola podía beberse al día, y se le iluminaba la cara pensando en ese té humeante que la esperaba. El que Lola bebiera tanto té era otra de sus peculiaridades; se había aficionado definitivamente en Inglaterra, donde el café es malísimo, decía, aunque Elisa sospechaba que mucho se debía a la influencia materna. La familia de Lola era también peculiar, y Elisa, fascinada desde siempre por la gente diferente, envidiaba ese ambiente bohemio y liberal en que Lola se había educado.

–Como contrapartida, cada uno está por su lado. Si no fuera por el teléfono móvil, a veces no sabría dónde localizarlos –aclaraba Lola.

De hecho, ninguno había ido a la estación a acompañarla y despedirla.

–Es que no había nadie en Soria. ¿Ves? No todo es tan bonito. A cambio, irán a verme en cuanto puedan. Cualquier día aparece allí mi hermano sin avisar y me verá buscándole habitación como loca. Es así, hija mía, no hay quien le cambie.

El anuncio de embarque puso fin a la espera y al té de Lola y abrió nuevas expectativas. Ya instalada en su asiento, escuchó atenta a la azafata que daba instrucciones en caso de avería o necesidad de aterrizaje o amerizaje en un inglés

cantarín, sin pausa, sin motivación, como el niño que repite la lección aprendida de memoria. De memoria también eran los gestos mecánicos de otra azafata que reproducía mímica, acompasadamente, las palabras de su compañera, señalando las puertas de salida y emergencia, la situación de las máscaras y el chaleco salvavidas, su forma correcta de colocación y otras explicaciones que Elisa no tenía tiempo de asimilar. Lola le decía que era siempre igual, que esas instrucciones serían más adecuadas llegado el momento y, aunque aparentaba atención, leía, como si nada, el suplemento literario del *Times* que acababa de sacar de su bolso.

A Elisa, por primera vez, se le ocurrió que la mecánica o la tecnología de un avión podían fallar, que algunos aviones se estrellan, y de pronto pensó en Andrés, se sintió como él, y quiso estar en un tren –hacerse las numerosas horas de trayecto leyendo pausadamente, durmiendo, viendo el cambio de paisaje, las paradas. Los trenes sí son seguros, se decía para sí. No quería que Lola supiera que su estómago se encogía a la misma velocidad de vértigo que adquiría el avión preparándose para el despegue, que se produjo con un tambaleo, y ya sí supo lo que era volar –en sentido literal– cuando el avión detuvo su ascenso a una altura que el comandante anunciaba como de nueve mil metros y mantuvo una velocidad de novecientos kilómetros por hora. ¿Lo habría entendido bien? Los miembros de la tripulación sólo hablaban en inglés, francés y alemán; el español, una vez en el aire, ya era obsoleto, como el mundo que Elisa dejaba atrás. Y un tiempo de vuelo estimado en una hora y veinte minutos. Ochenta minutos en el cielo antes de aterrizar en ese Nuevo Mundo que se llamaba Bélgica y que ella conocía a través de *La guía azul de Bélgica y Luxemburgo* y de Internet (ella siempre con sus libros, Andrés con su Internet).

Ya más relajada, abrió la guía de Amberes; quería aprenderse de memoria el plano de la ciudad y recitaba para sí los complicados nombres de sus calles principales como quien memoriza los de las arterias, los huesos o músculos más importantes del cuerpo humano. Aunque básicamente se interesaba sobre todo por no perderse detalle del vuelo.

La primera experiencia en avión de Elisa fue intensa, entre aprensión y asombro, porque no podía evitar pensar, mientras miraba por la minúscula ventanilla del avión, cómo era posible que volaran, qué dios del aire desconocido guiaba ese avión sobre ese mar tan al fondo, sobre una Francia de terreno cuadriculado coloreado en todas las tonalidades posibles de verde y marrón rojizo.

El cielo cambió, sin embargo, a medida que iban acercándose al norte de Francia, en dirección a Bélgica: el azul cielo se degradaba en lo que hubiera sido una delicia de tonalidades grises de no ser porque el comandante anunciaba lluvia intensa en Bélgica y una temperatura más baja de lo deseado. No era un día de lluvia el que hubiera elegido Elisa para hacer su entrada en el Nuevo Mundo no muy nuevo, salvo para ella. Ella hubiera preferido ese mismo sol suave, otoñal, que dejaba atrás. Pero así era el mundo, y así debía aprender a conocerlo y disfrutarlo.

—Está claro, Lola, estamos a punto de entrar en otra dimensión.

Las continuas risas de Lola ante lo que ella decía en serio no le impedían a Elisa seguir diciendo lo que pensaba. Eso era lo mejor de la relación entre ambas. Además, ella también se reía mucho con Lola, aunque, en su caso, ése era el objetivo. Resplandecía Lola cuando empezaba su “Elisa, no te vas a creer lo que me ha pasado,” y Elisa se preparaba para el asombro. Lola era un inmenso pozo de anécdotas estafalarias, inverosímiles, y, sin embargo, ciertas. Y siempre acababa Elisa con un “¡No es posible, Lola!” Pero claro que era posible. Lola y el mundo a su alrededor lo hacían posible porque ella era simplemente así.

—¿Pero qué dices? Elisa, ¿qué te figuras que es Bélgica?

—Pues eso, ya te lo he dicho. Siento en el estómago que a partir de ahora hablaré de mi vida antes y después de Amberes.

—Elisa, tengo que llevarte a Turquía. Estambul sí es otra dimensión.

—Bueno, ya veremos. Por pasos.

Porque primero Elisa tenía que vivir Bélgica. Luego Inglaterra, luego Francia, Italia y luego, luego sí, ya esa otra dimensión que se llama Estambul.

El aeropuerto de Charleroi les resultó un absoluto caos por la intensa lluvia y por las trabas que imponía el cúmulo de maletas que arrastraban. Los autobuses se sucedían y enfilaban según sus destinos, en absoluto claros, pues en ninguno aparecía la palabra *Antwerpen*, y ya comenzaba a perfilarse lo que sería el tira y afloja en la toma de decisiones entre ambas. Y la primera seguridad de que juntas sabrían hacer frente a cualquier contratiempo. Lograron tomar el autocar hasta la estación de trenes y de allí uno con dirección a Amberes. El nombre trilingüe de Amberes (*Antwerpen / Anvers / Antwerp*) en los paneles luminosos en conjunción con los altavoces anunciando en flamenco, francés e inglés las llegadas y partidas de trenes desde y hacia sitios desconocidos, eran ya pruebas definitivas de que por fin habían cruzado la línea divisoria entre su hasta entonces intrascendente vida cotidiana y esa otra por venir de la que tanto Elisa esperaba.

–*Antwerpen*. ¡Qué bien suena! ¿Verdad, Lola? *Antwerpen*. Qué pena que apenas sepamos neerlandés.

–Ya nos tocará aprenderlo. Pero es tan difícil que se me han quitado las ganas.

–A mí no. Es como un reto, aunque confieso que me he desanimado muchísimas veces, cada vez que tenía que leer en alto en el curso. Parece un trabalenguas.

–Los flamencos tendrán que prescindir de mi neerlandés, me temo. Tengo cosas mucho más importantes en qué pasar mi tiempo.

–¿Desde cuándo es para ti una pérdida de tiempo aprender una lengua?

–Desde que no es imprescindible. Prefiero concentrarme en el inglés o el francés, que aquí todos lo hablan.

Tenía razón. Ya habían hablado sobre eso, pero allí, en el tren que las llevaría de Charleroi hasta Amberes, las voces de los pasajeros en neerlandés parecían ocultar secretos indescifrables que se perderían por no entender el idioma del país.

–Si no aprendemos flamenco, nos quedaremos en puertas de traspasar... –Elisa se contuvo para evitar las risas de Lola.

–Bobadas, Elisa. Perderemos una parte y ganaremos otra. ¿No pensarás que cada vez que quieras viajar a un país tienes que aprenderte su lengua? Zulu, suahili, camboyano, hebreo...

–Hasta cierto punto sí. Por lo menos lo básico. Afortunadamente no creo que vaya a ir nunca a ninguno de los países donde se hablen esos idiomas que has mencionado.

–Me da igual, Elisa: rumano, noruego, turco,...

–No sigas, me rindo. Pero sólo lo básico. Buenos días, qué tal, los días de la semana, las comidas...

Próxima estación: Estación Central de Amberes, decía el altavoz y mostraba el panel luminoso. *Antwerpen Centraal*. Fin de trayecto.

Cuando abandonaron el andén y entraron en el interior del edificio, ante ellas aparecía espléndida e inesperada la *Catedral del Ferrocarril*, como la denominaba la guía. Aunque Elisa había leído acerca de su grandiosidad, se había olvidado, pues, aturdida de cansancio, emociones y equipaje, no esperaba encontrar nada hasta llegar a la pensión, dejar las maletas y salir a explorar. Allí, parada (embelesada), se daba cuenta de que no necesitaba salir a explorar para encontrar lo inesperado.

–Lola, ¿has visto? Parece un palacio.

–Vamos, Elisa. Estoy muy cansada. Vamos a coger un taxi. Ya volveremos con calma. Yo también quiero verla con detalle.

La traba del equipaje y la lluvia cayendo a mares no dejaban muchas posibilidades de elección, así que, diez minutos más tarde ambas bajaban del taxi que las llevó hasta la pensión que les había asignado el coordinador del programa de intercambio universitario. La pensión era un edificio antiguo restaurado que sus propietarios, Jozef, un pintor retirado que se había dedicado a la decoración escénica, y su esposa, Mieke, responsable del atrezzo, habían decorado de manera notoria con antigüedades, tapices y raros objetos de utilería. La entrada, un diminuido zaguán pobremente iluminado que llenaron con su equipaje mojado, daba, de frente, a una peligrosa escalera de caracol y, por un lateral, a un pasillo estrechísimo que se comunicaba

con el salón-comedor familiar, con vistas a un patio lleno de flores vencidas por la fuerza de la lluvia y un mobiliario de terraza envejecido bajo un sauce, dando en conjunto una mustia bienvenida a las dos jóvenes, hambrientas, agotadas.

Mientras Mieke las recibía en ese salón de la planta baja ofreciéndoles té y café, bizcocho y tarta de manzana caseros, Jozef decidía la suerte de cada una para los futuros seis meses al distribuir sus respectivas maletas en habitaciones diferentes, desiguales en prestaciones. Elisa parecía a simple vista más afortunada en el reparto, alojándose en el dormitorio situado en la planta segunda, con acceso directo al baño, mientras que Lola debía ascender dos plantas más, a través de lo que parecía una escalera trampa, por la estrechez y dificultad de los peldaños. Entre medias, en la tercera planta, estaba la sala común que compartirían con los demás inquilinos, una estudiante permanente y otra gente ocasional de teatro.

Dejaron las maletas sin deshacer y, cuando la lluvia amainó, salieron a conocer los alrededores. Tal y como se figuraba Elisa descifrando el plano que sabía casi de memoria, estaban a escasos minutos del casco histórico, que la recibía con todo su esplendor.

Bienvenida a Amberes, ciudad de tapices y diamantes, cerveza y chocolate, historia y monumentalidad, le diría la ciudad si le hablase a través de una guía rápida para turistas.

Pero no era ese el Amberes que la recibía.

–Bienvenida a Amberes –parecía decirle el suelo mojado, el cielo agrisado de la tarde, las calles con tranvía, las voces desconocidas, los carteles bilingües, los edificios antiguos (unos renovados o remozados, otros renegridos de polución), la catedral, el Ayuntamiento, los restaurantes y bares en las plazas con terrazas llenas de mesas empapadas y vacías. Pero no le dijo nada a Lola de que la ciudad la hablaba. Simplemente se limitaba a mirar en todas las direcciones, como una niña pequeña que, temerosa de perderse, intenta aprenderse cada recodo del camino. Escuchaba a Lola, en absoluto impresionada. Elisa no podía compartir su asombro con quien estaba acostumbrada a otros espectáculos. Fue al volver a la pensión cuando a Elisa se le escapó una exclamación de inmoderado entusiasmo.

–¡No me lo puedo creer! Que estemos aquí las dos. Que vayamos a vivir en esta ciudad maravillosa. Presiento que nos va a cambiar la vida. Lo sé. Lo presiento.

–Elisa, definitivamente tienes que viajar más. Si crees que Amberes va a cambiarte la vida, piensa en París, Florencia. O Estambul. Te tengo que llevar allí. Piensa en Estambul.